

# Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 269– 18 de julio de 2017

## En este número

### Te ofrecemos

1. Hoy es 18 de julio, José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza
2. Asumir toda la historia, Manuel Parra Celaya
3. Sobre la legitimidad o ilegitimidad del 18 de julio, Jesús Laínz
4. La cólera de los españoles vista desde la Puerta del Sol, Victoria Prego
5. «Aquí no hacemos memoria de unos contra otros», Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo
6. Qué cruz, Rafael Sánchez Saus
7. Combate del crucero Canarias y el bou Nabarra, Álvaro Van Den Brule

## Hoy es 18 de julio

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**E**scribo estas líneas cuando aún faltan un par de día para que sea 18 de julio de 2017. Una fecha, pero de 1936, que la mayoría de los periódicos ignorarán, y los que no, se acordarán de ella para seguir mintiendo. Nadie, incluso, a la hora de cobrar la extra este mes sabrá que fue una obligación que el régimen franquista estableció para que todas las empresas españolas dieran este mes una paga más a todos sus trabajadores, y que todos hemos llamado: «Paga del 18 de julio»

Pero no es mi intención seguir escribiendo de esa paga ni tan siquiera lo que ocurrió aquel 18 de



Ofrenda de las Fuerzas Armadas a todos los que cayeron por España

julio de 1936. Solamente quería recordar cuando hace algunos años tuve el honor de presentar en el Ateneo de Gijón a mi querido y buen amigo, catedrático emérito de la Universidad complutense de Madrid, Enrique de Aguinaga. Había sido invitado a dar una charla que aquel tituló: «Algo hay que hacer con Franco».

Antes de dar comienzo la conferencia dimos una vuelta por la ciudad y su empeño mayor fue que le acercara hasta el cementerio de Ceares, donde yacían unidos para siempre, en una misma sepultura, cuerpo a cuerpo, sus dos hermanos, enfrentados en la guerra civil:

Álvaro, alférez del Ejército alzado, y Vicente, capitán de milicias populares. Ante la tumba de sus dos hermanos rezamos y a continuación nos dirigimos poco a poco al Ateneo donde mucha gente, ya sentada, esperaba al conferenciante cuya principal atención era ya en aquel entonces, y sigue siéndolo ahora, intentar salir al paso de tantas manipulaciones históricas como a diario

estamos viendo. La izquierda no se cansaba de pedir que se condenara el Alzamiento del 18 de Julio a la vez que esos mismos, querían y siguen queriendo, borrar de un plumazo todo los males que venía arrastrando aquella República que hizo exclamar a Ortega y Gasset, «¡no es esto, no es esto!». Y que Miguel de Unamuno, aquel ilustre vasco, ante la pregunta que le hacían de cómo iba la República contestó sin titubear: «¡no va, se nos va!».

Recuerdo que Aguinaga antes de entrar en detalles se declaró no franquista, pero no por exculparse de nada, ni por miedo, ni por cálculo, sino porque a estas alturas tanto el franquismo como el antifranquismo carecen de todo sentido, por lo que hay que dar por superada esa dialéctica, más bien propia de la guerra civil que dividió a España en dos mitades. Para respaldar este pensamiento, el emérito catedrático repitió las palabras que él recordaba había escrito el falangista Antonio Castro Villacañas: «Ser hoy franquista es un anacronismo, pero ser antifranquista hoy es una tontería. Mientras perdure la dialéctica franquismo-antifranquismo, España seguirá viviendo una etapa de transitoriedad insegura».

Franco está ahí –dijo en otro momento Aguinaga–, no sólo como chivo expiatorio, entre otras razones, porque el socialista Ignacio Sotelo, profesor de Ciencia Política, ha tenido el valor científico de explicar que vivimos en la España de Franco, que Franco dejó todo, efectivamente, «atado y bien atado» y que la España actual hunde sus raíces en los 40 años de franquismo. Franco está ahí, en los periódicos y, como referencia casi diaria, en las columnas obsesivas de algunos periodistas y comunicadores.

Para nuestro emérito catedrático, la muerte de Franco y la coronación en su día de Juan Carlos, es un solo acto: el acto de la sucesión. Lo que pasa es que el imperio mediático de la verdad oficial disocia aquella unidad de acto y, postergando o maltratando el recuerdo de Franco, pone todo el acento en la celebración de la Monarquía. Diríase pues, que la Monarquía se hubiera aparecido a los españoles, como la Virgen se apareció a los pastorcillos de Fátima. Pero, evidentemente, no se trata de un hecho milagroso, sino de un hecho de larga y difícil elaboración.



El Príncipe Juan Carlos es designado sucesor de Franco como Rey

En aquella conferencia se refirió también a que en 1986, cuando el Gobierno socialista, al conmemorar el 50 aniversario del comienzo de la guerra civil, declaró solemnemente el recobro de las libertades, que quedaron bruscamente interrumpidas en 1936. Pero, evidentemente, en contra de esta lógica no se volvió a la República. Y es cierto, porque si como dijeron todos hasta la saciedad, España durante aquella nefasta República tenía, dicen, un régimen legítimo que se habían dado los españoles, es ilógico que a la muerte de Franco no se hubiera restablecido el régimen legítimo anterior. Es decir la República, y con ella la Constitución española de 1931. Sin embargo, en lugar de restablecerse el anterior régimen (República), se restaura la Monarquía, y no en la persona del hijo y heredero legítimo del último monarca español Alfonso XIII, sino saltándose el orden de sucesión, en la persona de su nieto.

No pasó por alto Aguinaga, la sentencia por la que la República declaraba de alta traición a Alfonso XIII y le degradaba de todas sus dignidades, derechos y títulos, que no podrá ostentar ni dentro ni fuera de España y sin que pueda reivindicarlos jamás, ni para él ni para sus sucesores. Al mismo tiempo, en beneficio del Estado, el rey fue desposeído de todos los bienes, derechos y acciones de su propiedad, etc. Pero fue precisamente Franco, antes de que terminara la guerra, quien derogó tal dictamen.

Así, pues, hay que explicar que es cierto que la Constitución de 1978, no trae la Monarquía en la persona de Juan Carlos, sino al revés: es Juan Carlos –que ha sucedido a Franco en la Jefatura del

Estado, a título de rey, el 22 de noviembre de 1975, y en virtud de la legalidad vigente del régimen de Franco- quien trae o propicia el régimen político actual, incluyendo la Constitución de 1978. La legitimidad de origen del actual monarca, y primero su padre, no proviene de la Constitución de 1978, sino -dicho en palabras textuales del propio rey- «de la legitimidad política surgida el 18 de julio». Algo que de todo esto no se explica a los españoles.

Y Enrique de Aguinaga, terminó diciendo: «Franco estará en los manuales de Historia del año 2050 con una líneas de este tenor: General que, tras una tremenda guerra civil de tres años y una compleja y eficaz gobernación de 36 años, restauró la Monarquía, en la dinastía borbónica y en la persona de don Juan Carlos de Borbón y Borbón»

Entretanto, «algo hay que hacer con Franco».

## Asumir toda la historia

Manuel Parra Celaya

**N**i España ni la historia pueden contemplarse con un solo ojo, sea el derecho o el izquierdo, forzando la mirada para que se adecúe a nuestras ideas; debe hacerse de frente, con los dos ojos bien abiertos, como se mira una pintura o se mira a una bella mujer.

Sucede cada año que, al llegar estos días estivales, algunos españoles se empeñan en mantener la vista torcida, como dice nuestro diccionario al definir el término *tuerto*, y con prurito y empecinamiento de malos historiadores, mirar hacia atrás, concretamente al 18 de julio de 1936, con el ojo humedecido por una épica nostálgica o con el ojo enrojecido del rencor y del revanchismo retrospectivos.

Y, a estas alturas, ya no puede decirse que estas actitudes se mantengan por parte de *vencedores* o *vencidos*, pues, generalmente, tanto unos como otros, en el caso de estar vivos, mostraron una generosidad con sus descendientes que consistía en no incluir el odio entre las cláusulas de sus testamentos.

Han sido quienes no conocieron, venturosamente, las luces y las sombras de aquella guerra civil -lo mejor de cada ser humano sale a flote en cualquier contienda- y estos son precisamente los que se empeñan en remover tumbas y conciencias para atizar los rescoldos casi apagados que pudieran quedar en la sociedad. A ello se ha unido, por supuesto, una cruel y provocada ignorancia de la historia en las aulas.

Otra cosa son las legítimas opiniones de cada uno. El 18 de julio de 1936 puede observarse desde muchos puntos de vista: como triste cumplimiento del primer aserto de la profecía de Ángel Ganivet (aunque, en la actualidad, se está cumpliendo el segundo: nos estamos entregando a los cerdos...); como intento postrero de salvar los valores republicanos de la sinrazón que introdujo aquel Frente Popular; como golpe de Estado devenido en guerra prolongada, al que cada cual se sumó con distintas intenciones, según ideologías y estrategias; como reacción defensiva de media España, que no se resignaba a quedar anulada (o percer) en manos de la otra media, como había dicho Larra un siglo atrás; como exasperación por motivos sociales o como última ratio de la defensa de valores religiosos... Una mirada objetiva -si es posible mantenerla entre tanto bombardeo propagandístico- admitirá todas estas y muchas más razones que llevaron tristemente a la nación a partirse por la mitad con las armas en la mano.



El juicio personal de este articulista intenta participar de este enfoque global, con expreso menosprecio de las condenas del maniqueísmo de esta extraña *memoria histórica* en la que estamos inmersos, y, por supuesto, de cualquier intento, soterrado o expreso, de volver a enfrentar a los españoles. Y añade una consideración de su propia cosecha: mirada desde la perspectiva de nuestros días, fue *otra ocasión perdida*. Como lo fueron el 14 de abril de 1931 o, sin ir más lejos, la Transición que llevó a cabo la II Restauración.

Ocasión perdida, sí, y no solo de lograr una convivencia pacífica entre los ciudadanos, sino de resolver el *problema de España*, que consistía –y consiste–, básicamente, en *nacionalizarla* de una vez por todas, y construir, con esta base, una situación en la que se armonizaran tradición y modernidad, justicia social y libertad, valores espirituales y satisfacción de las necesidades materiales, unidad y variedad; y, en una palabra, que al españolito de filas le fueran dados los fundamentos para *hermanarse con sus entornos*, tanto trascendentes como inmanentes.

Esto requería edificar sólidamente un nuevo orden de convivencia, con transformaciones radicales que, acaso, no se pudo o no se quiso llevar a cabo por un sinfín de circunstancias. Como tampoco le había sido dado hacerlo a la República del 31 ni le ha sido posible al Régimen vigente en nuestros días.

Pero quizás no sea la hora de llorar por la leche derramada. Queden las fechas históricas, miradas con los dos ojos, como lección de lo que pudo haber sido y no fue. Intentemos todos los españoles que, en la próxima decisiva con nuestra propia historia, no pase en tren de largo por nuestra estación.

## Sobre la legitimidad o ilegitimidad del 18 de julio

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

**E**l 21 de diciembre de 1938, tocando ya la victoria con la punta de los dedos, el Gobierno de Franco encargó a una comisión de veintidós juristas la elaboración de un informe sobre la «ilegitimidad de los poderes actuantes el 18 de julio de 1936» con el objetivo de contrarrestar la propaganda del agonizante bando contrario, centrada en la reivindicación de su carácter de Gobierno legítimo y defensor de la democracia. La orden del ministro Serrano Suñer explicó con claridad su tesis acusatoria:

Que los órganos y las personas que el 18 de julio de 1936 detentaban el Poder adolecían de tales vicios de ilegitimidad en sus títulos y en el ejercicio del mismo, que, al alzarse contra ellos el Ejército y el pueblo, no realizaron ningún acto de rebelión contra la Autoridad ni contra la Ley.



Asesinato de Calvo Sotelo

Los tres argumentos principales de la comisión fueron la inconstitucionalidad del Parlamento surgido de unas elecciones, las de febrero de 1936, fraudulentas, la responsabilidad de los gobernantes en el asesinato de Calvo Sotelo y la conversión del Estado, desde dichas elecciones, en un «instrumento sectario puesto al servicio de la violencia y del crimen».

Empezando por el último, el régimen republicano fue, sin duda, el más caótico de la historia contemporánea de España: las garantías constitucionales estuvieron suspendidas el 50% del tiempo; hubo 2.629 muertos por violencia política en cinco años, una media de nueve por semana; muchos miles de heridos; cientos de huelgas, de saqueos, de atentados, de incendios de iglesias, conventos, bibliotecas, centros

derechistas e incluso lugares asociados con la vida burguesa, como teatros, casinos, restaurantes o cafeterías.

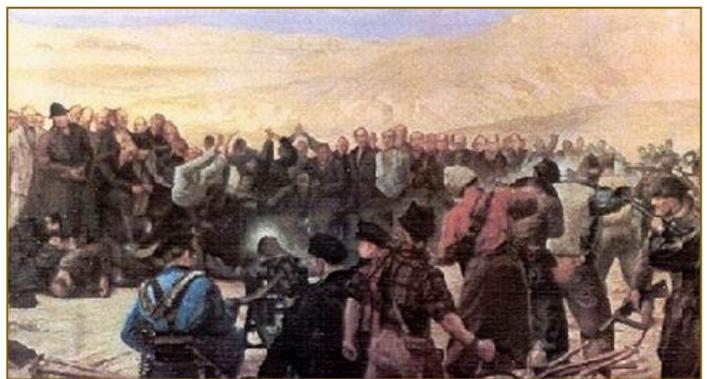
En los sangrientos meses posteriores a las elecciones de febrero, la violencia y el caos se dispararon: cientos de asesinatos, incendios, palizas, detenciones arbitrarias; destitución de jueces; asalto a las cárceles para liberar a condenados por la revolución de 1934 –y de paso a presos comunes–; robos de cosechas, invasiones de fincas, incautación de propiedades; cierre de colegios católicos, ataques a sedes de los partidos derechistas, etc.

Como reconoció el egregio republicano Salvador de Madariaga, «el país había entrado en una fase claramente revolucionaria. Ni la vida ni la propiedad estaban a salvo en ninguna parte». En sus propias carnes lo sufrió nada menos que el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, a quien despertaron a las cuatro de la madrugada para informarle de que el terror reinaba en su finca de Jaén, «donde se persigue y prende a mi familia en masa», relatará. Y cuando finalmente llegaron los guardias de asalto a poner orden, «se llevaron presas... ¡a treinta siete personas más respetadas de mi familia y amigos, con el párroco y los coadjutores a la cabeza, que no habían podido huir, y dejaron tranquilos y dueños del pueblo a los alborotadores!». El presidente recogió en su diario muchos otros «atentados y tumultos en que se eclipsa la autoridad», como el registro de domicilios de derechistas, la destitución y prisión de alcaldes legítimamente elegidos, la prohibición del culto católico, extorsiones, palizas, mutilaciones, etc. En el capítulo de las extorsiones, singularmente afectados fueron los automovilistas, obligados por la fuerza a pagar un impuesto revolucionario a cuadrillas que controlaban las carreteras. Una vez más, no se libró de ello ni el escandalizado Alcalá-Zamora, al que obligaron a aflojar la bolsa para poder continuar su viaje.

Ya va siendo hora de arrojar al vertedero de los mitos absurdos esa versión pueril y maniquea de republicanos demócratas y buenos contra nacionales fascistas y malos que tanto ha envenenado y sigue envenenando la vida política de España

Pero la comisión no centró su acusación en los desmanes populares, sino en las irregularidades cometidas por quienes tuvieron responsabilidades de gobierno. Por ejemplo, el propio Alcalá-Zamora tomó nota de «la sistemática ocultación por el Gobierno [de Azaña] a mí de cuanto ocurre sobre alteración del orden público»,

de la aprobación de decretos manifiestamente anticonstitucionales, de excarcelaciones ilegales, etc. Junto a todo lo anterior estuvieron las exculpaciones de quienes habían participado en la revolución de 1934, culpables de delitos de sangre incluidos; su reincorporación al Ejército y la Policía; la simultánea inculpación de los encargados de defender el orden constitucional; la ilegalización de varios partidos derechistas y la detención de miles de sus militantes; la impunidad para los delitos cometidos por



Matanza en Paracuellos del Jarama

izquierdistas; los procesos políticos arbitrarios –José Antonio Primo de Rivera, por ejemplo, fue detenido «por fascista», delito no tipificado en el Código Penal–; las sustituciones de alcaldes electos por militantes frentepopulistas; el incumplimiento por parte del Gobierno de las sentencias judiciales, incluida, por ejemplo, la anulación por el Tribunal Supremo de la ilegalización de Falange; la incorporación de militantes socialistas y comunistas a las fuerzas de seguridad como «delegados de policía»; etc. Todo ello fue resumido por uno de los fundadores de la República, Miguel Maura, como «la verdadera plaga bolchevique que está asolando el país. Los ciudadanos pacíficos viven con la sensación de que las leyes son letra muerta».

Mención aparte merece, por las trascendentales consecuencias que tuvo el magnicidio, el comportamiento de algunos políticos izquierdistas antes, durante y después del asesinato de Calvo Sotelo. Porque, en primer lugar, estuvieron las muy conocidas amenazas de muerte a él y a Gil Robles en el Parlamento por parte de los comunistas José Díaz y Dolores Ibárruri, el socialista Ángel Galarza e incluso el presidente Casares Quiroga. En segundo, los no menos conocidos vínculos del PSOE, y en concreto del círculo de Indalecio Prieto, con los agentes policíacos autores del crimen. Y, finalmente, el bloqueo que éste impuso al Gobierno en su inicial intención de investigar los hechos, la impunidad en que quedaron los asesinos, la censura de prensa decretada inmediatamente, la nueva oleada de detenciones de derechistas e incluso el cese de Ursicino Gómez Carbajo, el juez de instrucción que pretendió esclarecer lo sucedido.

Por lo que se refiere al fraude electoral de febrero, punto primero de la comisión de juristas franquistas, éstos denunciaron la falsificación de actas, la proclamación de diputados que no habían sido elegidos, la anulación de elecciones en varias circunscripciones para repetirse en condiciones de violencia, así como la declaración de incapacidad de diputados que no estaban legalmente incursos en ella.

Alcalá-Zamora ya apuntó el 8 de marzo:

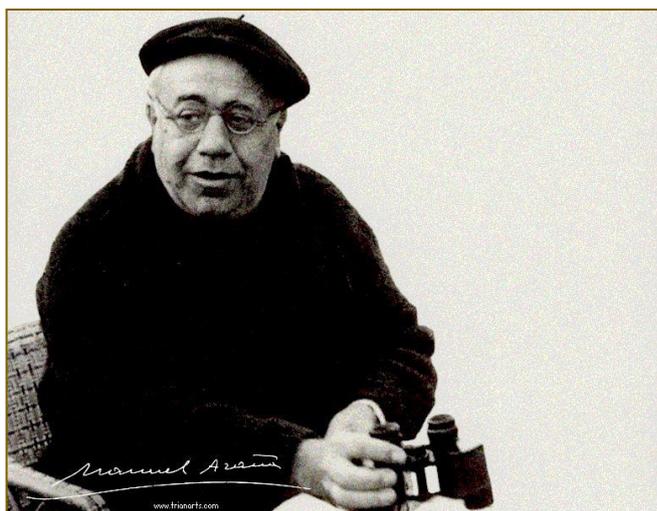
Una de las cosas más extrañamente difíciles ha resultado conocer los datos numéricos de votación en las recientes elecciones (...) Ha costado días y esfuerzos saberlo porque las manipulaciones de prestidigitación a partir del lunes 17, preparatorias de tantas resurrecciones y muertes de candidatos, lo imposibilitan.

Una vez escapado de la escabechina, escribió en el *Journal de Génève* el 17 de enero de 1937 que el Frente Popular había logrado la mayoría absoluta

violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia (...) sin esperar el fin del recuento del escrutinio y la proclamación de los resultados (...) desencadenó en la calle la ofensiva del desorden, reclamó el poder por medio de la violencia (...) A instigación de dirigentes irresponsables, la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales; en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados (...) Reforzada con una extraña alianza con los reaccionarios vascos, el Frente Popular eligió la Comisión de validez de las actas parlamentarias, la que procedió de una manera arbitraria. Se anularon todas las actas de ciertas provincias donde la oposición resultó victoriosa; se proclamó diputados a candidatos amigos vencidos. Se expulsó de las Cortes a varios diputados de la minoría.

Algún tiempo después declararía el expresidente:

La fuga de los gobernadores y su reemplazo tumultuario por irresponsables y aun anónimos permitió que la documentación electoral quedarse en poder de subalternos, carteros, peones camineros o sencillamente de audaces asaltantes, y con ello todo fue posible (...) ¿Cuántas actas falsificaron? El cálculo más generalizado de las alteraciones postelectorales las refiere a ochenta actas.



Manuel Azaña

Por su parte, el flamante nuevo presidente del Gobierno, Manuel Azaña, escribió a su cuñado Rivas Cherif estas cínicas líneas:

En La Coruña íbamos a sacar cinco o seis. Pero antes del escrutinio surgió la crisis, y entonces los poseedores de 90.000 votos en blanco se asustaron ante las iras populares, y hemos ganado los trece puestos... ¡Veleidades del sufragio!... Han sacado al otro... para que no saliera Emiliano, a

quien metimos preso la misma noche de formarse el gobierno, para salvarle la vida, decían los de allí (...) hemos sacado (...) otro en Guipúzcoa... y no tenemos dos porque los comunistas se llevaron las actas pistola en mano.

Ochenta años después de aquel enorme fraude electoral los historiadores Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García han publicado su esencial aportación (*1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*) para zanjar, documentos originales en mano, cualquier posible discusión sobre la legitimidad de unas elecciones que habían sido ganadas por las derechas y cuyo falseamiento desató la crisis final de un régimen republicano convertido en revolución bolchevique.

El suicidio de la República fue confesado con amargura por muchos eminentes republicanos, como los padres fundadores Ortega, Pérez de Ayala y Marañón, huidos del régimen que tanto contribuyeron a construir y cuyos hijos acabaron alistándose voluntarios en el ejército de Franco. Ayala escribiría sobre los dirigentes republicanos, especialmente sobre Azaña:

Cuanto se diga de los desalmados mentecatos que engendraron y luego nutrieron a los pechos nuestra gran tragedia, todo me parecerá poco. Lo que nunca pude concebir es que hubiesen sido capaces de tanto crimen, cobardía y bajeza.

Marañón fue todavía más contundente:

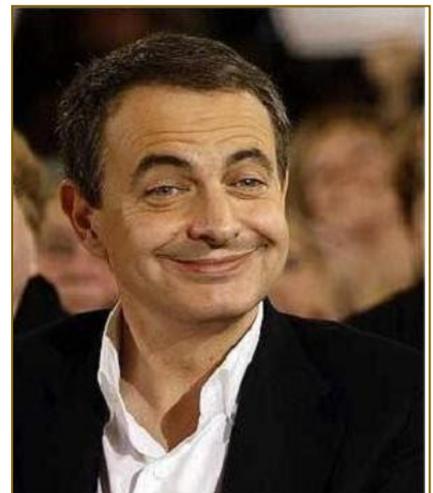
¡Qué gentes! Todo es en ellos latrocinio, locura, estupidez (...) Tendremos que estar varios años maldiciendo la estupidez y la canallería de estos cretinos criminales, y aún no habremos acabado. ¿Cómo poner peros, aunque los haya, a los del otro lado? (...) Y aun es mayor mi dolor por haber sido amigo de tales escarabajos (...) No tenemos derecho a quejarnos de la dictadura, pues la hemos hecho necesaria por nuestra ayuda estúpida a la barbarie roja.

Hasta Indalecio Prieto, en un rapto de honradez, acabaría admitiendo:

Una sola cosa está clara: que vamos a merecer, por estúpidos, la catástrofe.

Y su gran rival en el seno del PSOE, Julián Besteiro, llegó a descalificar de tal modo a los republicanos que atribuyó al bando alzado la defensa de la civilización:

La verdad real: estamos derrotados por nuestras propias culpas. Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos. La política internacional rusa, en manos de Stalin y tal vez como reacción contra un estado de fracaso interior, se ha convertido en un crimen monstruoso que supera en mucho las más macabras concepciones de Dostoievski y de Tolstoi. La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la línea bolchevique la representan genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas que se han batido en la gran cruzada anticomintern.



Los republicanos, aun partiendo con una enorme ventaja en medios humanos, materiales y financieros, perdieron la batalla militar por su incompetencia y su desgaste en luchas intestinas –recuérdese el POUM–, ya comenzadas antes del estallido de la guerra: Prieto y los suyos perseguidos a tiros por los seguidores de Largo Caballero el 31 de mayo del 36 en Écija. Perdieron la batalla del apoyo internacional porque sus desmanes consiguieron que las potencias democráticas no se implicaran en la defensa de un régimen equiparable a la Rusia de 1917. Y perdieron la batalla del apoyo del pueblo español porque la gran mayoría, incluidos muchos que habían recibido la República con esperanza, rechazó su caos y ansió la victoria del bando que, a sus ojos, representaba la recuperación del orden.

Pero, como ha señalado Stanley G. Payne con magistral brevedad, la fenecida «República democrática», a partir de las fraudulentas elecciones de febrero del 36, «era poco más que un recuerdo, aunque tendría una vida muy larga como mero eslogan de propaganda». Tan larga que ha llegado hasta nuestros días y ha conseguido mantener, en España y en todo el mundo, el mito de una República democrática destruida injustamente por un golpe fascista organizado por curas, marqueses y militares. Mito que ha sido rejuvenecido en los últimos años por voluntad de varios gobiernos españoles: el de Zapatero mediante la llamada Ley de Memoria Histórica de 26 de diciembre de 2007 con la colaboración del Partido Popular; y el de Aznar mediante la condena del alzamiento del 18 de julio en la sesión parlamentaria del 20 de noviembre de 2002.

Sin embargo, la constatación de los hechos históricos no permite otra salida que confirmar la exactitud de los argumentos elaborados en 1939 por la comisión de juristas franquistas. Después cada uno sacará sus conclusiones sobre si, a pesar de todo, estuvo justificado o no el recurso a la fuerza; sobre si la guerra fue inevitable o no; sobre qué bando mereció ganarla; y sobre las virtudes o defectos del régimen salido de ella.

Pero ya va siendo hora de arrojar al vertedero de los mitos absurdos esa versión pueril y maniquea de republicanos demócratas y buenos contra nacionales fascistas y malos que tanto ha envenenado y sigue envenenando la vida política de España.

## La cólera de los españoles vista desde la Puerta del Sol

Victoria Prego (El Independiente)

Aquel día España entera se echó a la calle para gritar su ira incontenible ante el último asesinato perpetrado por los terroristas de ETA después de haber intentado someter al Gobierno, entonces presidido por José María Aznar, a un chantaje inadmisibile: le darían dos tiros al joven concejal del PP Miguel Ángel Blanco, secuestrado el 10 de julio si el Gobierno no se sometía a la exigencia terrorista de acercar los 600 presos etarras a las cárceles del País Vasco en el plazo de 48 horas. El Gobierno no cedió a semejante pretensión porque Aznar era muy consciente de que eso hubiera supuesto la derrota del Estado a manos de una banda de asesinos. Fueron 48 horas atroces en las que la incredulidad ante tan bárbara y desalmada amenaza convivía con un moderado optimismo por el posible efecto que pudiera hacer a los asesinos la reacción masiva que se produjo en todo el país en la que se pedía, se suplicaba, a los terroristas que no segaran la vida del joven Miguel Ángel. En Bilbao, y muy pocas horas antes de que se cumpliera el siniestro plazo dado por los asesinos, se produjo la mayor manifestación que nunca se había visto en el País Vasco. Aquello era un clamor infinito que reclamaba a un Miguel Ángel Blanco vivo. Pero, tal y como habían dicho, ese mismo día 12 de julio lo mataron, arrodillado, con las manos atadas a la espalda, en un descampado de Lasarte, muy cerca de San Sebastián. Fue encontrado por un paseante y la noticia corrió por todas las esquinas de España con la velocidad de la yesca ardiendo.



Manifestación en la Puerta del Sol madrileña

Miguel Ángel Blanco no murió en el acto. Por eso su familia acudió al hospital con la esperanza de encontrarle con vida. Pero no había ninguna esperanza que albergar porque los dos tiros que le dio Gaztelu, alias Txapote, ayudado por José Luis Geresta y por Irantzu Gallastegui, eran mortales de necesidad. Inmediatamente en toda España las protestas fueron masivas. En Ermua, la localidad en la que vivía el joven concejal, una multitud se agolpó en las calles gritando una y otra vez «¡asesinos, asesinos!». Y, por primera vez en la historia de la banda y de sus círculos de apoyo, la muchedumbre asaltó algunos locales de Batasuna, el partido político que representaba al terrorismo

mortales de necesidad. Inmediatamente en toda España las protestas fueron masivas. En Ermua, la localidad en la que vivía el joven concejal, una multitud se agolpó en las calles gritando una y otra vez «¡asesinos, asesinos!». Y, por primera vez en la historia de la banda y de sus círculos de apoyo, la muchedumbre asaltó algunos locales de Batasuna, el partido político que representaba al terrorismo

etarra y, entre el aplauso de las masas, los ertzainas que protegían las entradas de sus sedes se quitaron los pasamontañas con las que preservaban su identidad. Aquella indignación, aquella ira, dominó el país durante todos los días siguientes.

El 14 de julio estaba convocada una manifestación de protesta en Madrid a la que iban a asistir todos los líderes políticos españoles, incluidos los dirigentes nacionalistas vascos. Y a mí me llamaron para invitarme a que me dirigiera, en nombre de todos, a los españoles. Esa misma tarde, poco antes de salir de casa, yo escribí las palabras que quería decir en aquella ocasión terrible e imprimí dos copias: una para mí y otra para enseñarla al responsable que quisiera saber de antemano lo que allí se iba a decir. Y con mis dos copias del texto bajo el brazo salí de mi casa, que está entre la Plaza de Alonso Martínez y la de Rubén Darío porque tenía pensado coger el Metro para bajarme en la Puerta del Sol. Al salir a la calle vi auténticos ríos de gente dirigiéndose al Paseo de La Castellana y a la plaza de Cibeles.

Eran personas de toda clase y condición: viejos, menos viejos, jóvenes, padres con niños pequeños, familias enteras, hombres y mujeres solos, gentes elegantes y gentes humildes. Ya se veía que Madrid entero se estaba echando a la calle. Cuando me acerqué a la boca del Metro supe que las salidas de la Puerta del Sol estaban clausuradas porque la multitud que ya se había congregado allí impedía la salida de los usuarios del suburbano. Era evidente que sólo podría llegar andando pero el tiempo empezaba a apremiarme ya. Como había mucha Policía Nacional y Municipal en la zona, opté por dirigirme a un agente y contarle lo que necesitaba: estar en el estrado antes de que llegara a él la cabecera de la manifestación formada por los dirigentes políticos y sindicales de todos los partidos de España, incluidos los nacionalistas vascos. El policía lo entendió inmediatamente y me subió a un coche en el que los asientos de atrás no estaban tapizados, como yo había visto siempre, sino que eran duros, de plástico. Y allí, cogida con fuerza a uno de los asideros del coche, emprendimos una carrera a toda velocidad, calle San Bernardo arriba, mientras sonaba interminable la sirena policial. No sé qué trayecto hicimos a partir de ahí pero sí sé que un instante después entrábamos por la calle Mayor hasta un punto en que el coche, por muy de la Policía que fuera, no podía avanzar más. En ese punto el policía me entregó a otro compañero que me dijo: «Cójase usted de mi cinturón». Y, cogida de su cinturón y pegada a su espalda, pude atravesar la auténtica barrera humana que reventaba la Puerta del Sol y todas las calles aledañas. Nunca hasta ahora he tenido ocasión de decirlo pero hoy, 20 años después, doy las gracias a esos policías que me llevaron en volandas hasta mi destino en un día cargado de emoción de rabia, de pena y de pasión.

Ya estaba en el estrado con mis dos copias del texto. Y desde allí comprobé que lo mismo que me había sucedido a mí les había ocurrido a los políticos que debían encabezar la manifestación: que era tal la multitud, que hacía imposible el avance desde la plaza de Colón pasando por la plaza de Cibeles y la calle de Alcalá hasta llegar a la puerta del Sol. Y la razón era que aquello no era una manifestación: era una gigantesca



Manifestación por Miguel Ángel Blanco en Madrid

concentración de ciudadanos puestos en pie para gritar su cólera con una sola y potentísima voz. Por eso la cabecera salió del Casino de Madrid, a menos de 100 metros del estrado, y aún así, discurrió malamente por el estrecho pasillo que las fuerzas de seguridad habían conseguido abrir entre el gentío.

Fue difícil empezar a hablar, los ciudadanos querían que se les escuchara a ellos, querían que la banda terrorista supiera sin ningún género de duda que hasta aquí habíamos llegado y que nunca más a partir de ahora el pueblo español iba a guardar silencio ante la sanguinaria actividad de los asesinos, que nunca más iba a tolerar con la cabeza baja los chantajes políticos y económicos a los que la banda se había acostumbrado durante décadas hasta hacer asumir a la sociedad que era inevitable ceder a ellos. Finalmente se hizo el silencio y pude dirigirme a aquel millón y medio de personas aproximadamente,

quizá más, que me escucharon por megafonía en todo el recorrido y que habían decidido juntarse en la calle para que su grito se oyera en el mundo, y con un eco redoblado, en las guaridas de los terroristas. Desde lo alto de aquel estrado yo percibí una fuerza, una potencia, imparable y una tensión electrizante, la que genera un pueblo en rebelión, levantado y dispuesto a vencer. Nunca más he vuelto a tener una impresión tan rotunda, tan apabullante. Detrás de mi, en escrupuloso silencio, estaban al completo los representantes de toda la historia de la democracia española, la historia política y la historia sindical. Y estaban también, encabezando la manifestación, portando la pancarta, y asistiendo al acto, el lehendakari Ardanza, el presidente del PNV Xabier Arzalluz y el diputado Iñaki Anasagasti.

Los tres políticos nacionalistas vascos escucharon nítidamente cómo cientos de miles de gargantas coreaban al unísono dos gritos que tenían una enorme carga política y emocional. Uno fue «¡No son vascos, son asesinos!» y el otro, mucho más importante desde el punto de vista político, fue «¡Vascos sí, ETA no!», que se repitieron una y otra vez a lo largo de las horas. Los líderes nacionalistas del País Vasco se fueron, pues, de Madrid sabiendo que en la capital de España no se rechazaba su ideología nacionalista pero sí, y de manera irreversiblemente contundente, la traducción sanguinaria de esa ideología. Y que nunca más las cosas volverían a ser como habían sido hasta entonces. Lo cual, dicho sea de paso, creó en ellos una extraordinaria preocupación hasta el punto de que, a partir de aquel momento, empezaron a trabajar para rebajar la intensidad del sentimiento generado en toda España, incluido el País Vasco, ése que fue bautizado como el «espíritu de Ermua». Y eso fue porque sentían seriamente debilitado el futuro de la ideología nacionalista. Y tuvieron éxito en esa tarea de reconstrucción, hay que reconocerlo.

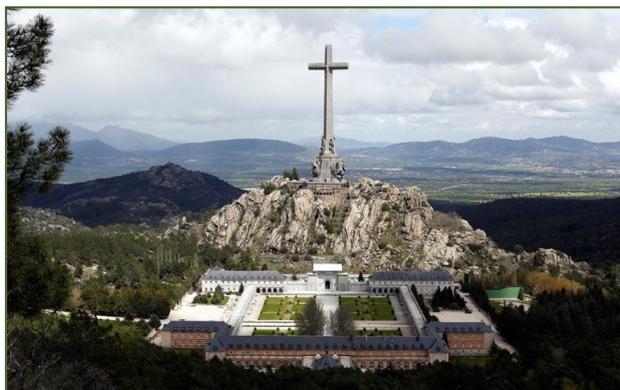
Al terminar mi intervención pedí cinco minutos de silencio, que se cumplieron religiosamente, durante los cuales, desde un lugar lejano del estrado pero perfectamente audible, sonaron las notas del Toque de Silencio con las que una trompeta anónima cerró aquel acto lleno de un inmenso dolor, de una formidable potencia y de una luminosa certeza: las cosas nunca volverían a ser como habían sido porque los demócratas íbamos a ganar esta desgarradora batalla. Como así ha sido. Y me fui a mi casa llevando conmigo los dos ejemplares del texto porque nadie, absolutamente nadie, me pidió comprobar con antelación lo que yo pensaba decir. Creo que jamás en toda mi vida he sido objeto de una confianza tan abrumadora.

## «Aquí no hacemos memoria de unos contra otros»

Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo (A y Ω)

**E**l presidente de la CEE preside la Eucaristía con los benedictinos del Valle de los Caídos en la fiesta de San Benito

«Este es un lugar señalado por tantas cosas», pero «sobre este monte hay una cruz, y nunca podemos olvidarla. Esta es nuestra suprema memoria, el memorial de la entrega del Señor. La Cruz culminó el amor de Dios por todos nosotros, hasta el extremo. Desde aquí hacemos esta memoria, no memorias selectivas, no memorias parciales, no memoria de unos contra otros», dijo el cardenal Ricardo Blázquez, presidente de la Conferencia Episcopal Española, este martes durante la Eucaristía por la fiesta de San Benito en la basílica del Valle de los Caídos.



Ante la comunidad benedictina del Valle, afirmó que «Jesús es nuestra Paz y desde la Cruz nos ha reconciliado». Por eso «nosotros debemos ser fermento de paz y de pacificación en nuestra historia, en nuestra vida, en todos nosotros. A la sombra de esta Cruz estamos todos».

«Nosotros en la Eucaristía hacemos memoria de la muerte y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, memorial en el que celebramos el servicio de los vivos y de los difuntos. Aquí venimos a encontrar los resortes de nuestra vida en común, de nuestro presente y nuestro futuro, poniéndonos todos bajo la Cruz del Señor», señaló asimismo.

El cardenal Blázquez pidió «pensar hoy en Europa: ¡cuántos se encogen los hombros ante la Palabra de Dios! Como si fuera una Palabra vetada. A veces hacemos una especie de autocensura para que nuestro lenguaje no sea discordante con un guion que se nos quiere trazar. Pero no podemos hacer silencio sobre lo esencial. Con respeto y humildad pronunciemos la palabra de Dios y vivamos a su sombra siempre».

El cardenal afirmó también que «nuestro mundo está entrando en una etapa histórica distinta. Hoy el Papa Francisco nos dice que no solo estamos en una época de cambios profundos y rápidos, sino en un cambio de época. En esta coyuntura qué bien nos vienen las obras, enseñanzas y forma de vivir de san Benito. Son un modelo para lo que tenemos que hacer nosotros hoy».

Por ejemplo, con san Benito «se construye en gran medida el otro. Con nuestro trabajo y nuestra oración. Es un modelo para todos, modelos de relación entre la persona y una comunidad estable. No estamos para dominar, estamos para servir. No para poner nuestro yo en el centro y que todos den vueltas alrededor.

Tenemos que servir con un amor entrañable, no áspero, humilde. En la Cruz el Señor nos manifiesta como nos ha amado, con un amor cercano, humilde, paciente...».

En este sentido, subrayó que «el pilar básico de san Benito fue: Buscar a Dios. Y no solo durante unos años, sino siempre buscar a Dios. Nos pide ponernos en su presencia día tras día. Si le encontramos, hemos encontrado la luz y la fuerza para la vida. Si no, nuestra vida no tiene fundamento. Busquemos a Dios siempre».

En la fiesta de San Benito, el presidente de la CEE le definió como «un hombre de Dios y un regalo para nosotros. Es padre, maestro y guía. Patrono de Europa y padre del monacato occidental», y concluyó exhortando a los benedictinos: «Queridos monjes, necesitamos vuestra presencia, vuestra ayuda, vuestra palabra, en medio de nuestro mundo».



## Qué cruz

**Rafael Sánchez Saus** (*Diario de Sevilla*)

**E**n un lugar de Vizcaya de cuyo nombre no quiero acordarme se ha procedido al derribo público y afrentoso de una de las últimas cruces de los Caídos que debían quedar en España. Bien hecho, sin duda, porque no olvidemos, como me escribe un amigo, que «en estas cruces los franquistas colgaban a ciudadanas y ciudadanos disidentes, sobre todo de minorías perseguidas. Una vez colgados, celebraban aquelarres ante ellas y se comían a varios niños pobres».

La cruz vizcaína se erigía en recuerdo de los caídos en la ruptura del Cinturón de Hierro de Bilbao y, según dicen, se había erigido en su momento cerca de unas fosas de soldados republicanos. Si en el ánimo de los que la levantaron estaba el deseo de ofender de ese



modo a los enemigos muertos –como hoy se pensaría– o, muy al contrario, el de incorporarlos a una victoria que en algún momento se quiso perteneciera a todos, quede a la libre disquisición e inteligencia del lector. Lo que esas cruces repartidas aquí y allá por la geografía española pretendían era lo mismo que la gran cruz y basílica del Valle de los Caídos, desde mucho antes de que reposasen en ella los restos de Francisco Franco y hasta hoy: unir y recordar juntos en la muerte a quienes en vida habían llevado sus odios al extremo de matarse unos a otros. Un exorcismo inútil en este pueblo duro de cerviz al que desde hace mucho tiempo no parece haber dios capaz de unir que no sea el dinero y, sólo en ocasiones, el fútbol.

Esas cruces no podían sobrevivir a estos tiempos y el derribo de la del monte Gaztelumendi, arrastrada por un camión entre una ikurriña y una estelada, no habría trascendido, en su sordidez, de la gaceta local si no fuera porque, al caer, parte de la mole de piedra ha arrollado a algunos paisanos que habían ido allí a celebrar lo que fuera, ellos sabrían. Por ahí circula el vídeo, de aceptable calidad. Cuatro han terminado en el hospital, para más cachondeo el de Cruces, en Baracaldo, fundado en 1955 y al que, es de suponer, los heroicos demoledores del franquismo habrán ido con sus piquetas. Pero no hay imaginación que pueda mejorar el esperpento cotidiano que vivimos: en una TV nacional se ha presentado a los lesionados por la destrucción del monumento como víctimas del franquismo. Para el progre la culpa siempre es del otro. ¡Y que luego los andaluces acaparemos los papeles de idiotas en las series!

### Memoria histórica

## Combate del crucero Canarias y el bou Nabarra

**Álvaro Van Den B rule** *(El Confidencial)*

En las periferias de la indolente misericordia de Dios, un vacío interminable de orfandad asaltó el país por los cuatro costados, y en medio de aquel incendio, algunos héroes intentaron poner algo de cordura.

De entre las acciones más destacables, una fue la ocurrida a raíz del enfrentamiento entre el crucero Canarias y la flota auxiliar vasca a la altura del cabo Matxitxako. En medio de una fuerte marejada y mar arbolado, un cinco de marzo del fatídico segundo año de la contienda fratricida o de los episodios más heroicos entre marinos con un alma común, pero sirviendo a diferentes banderas.

En un combate suicida, el bacaladero artillado o Bou (en el argot) Nabarra, en funciones de



A la izquierda, Manuel Calderón junto al getariarra Pedro De la Hoz, uno de los marineros del Bou Nabarra al que Calderón salvó del pelotón de fusilamiento.

protección de un convoy republicano, se enfrentaría al todo poderoso crucero de los sublevados con el previsible saldo de una derrota anunciada. El comandante Enrique Moreno Plaza, cartagenero de pura cepa y vasco de adopción, en un mortífero duelo, llegó a perforar hasta siete veces en el casco del coloso. Mas las llamas y una sucesión ininterrumpida de certeros impactos del Canarias lo enviarían al fondo del mar con treinta hombres de los cuarenta y ocho que componían la dotación. Al parecer, una caja repleta de coñac Remy Martin obró el milagro de que aquel duro tránsito –según cuentan los supervivientes–, fuera un trámite más llevadero.

Los esfuerzos probados de la dotación y mando del crucero por salvar a aquellos suicidas –dan fe ambas partes– fueron ímprobos e infructuosos. Pero sí se pudo recoger en condiciones harto difíciles a la casi veintena restante de náufragos, que unos meses después serían condenados a muerte en Consejo de Guerra. La intercesión directa ante el general Franco por parte del

comandante y del director de tiro del Canarias (Salvador Moreno y Manuel Calderón), dos caballeros del mar, vivamente impresionados por el valor demostrado en aquella desigual trifulca, obró el milagro de ablandar al dictador, que en reconocimiento a su valentía los indultaría de manera colectiva.

Se da el caso de que ambos oficiales del Canarias no solo avalarían con su patrimonio personal a muchos de los marinos vencidos en Matxitxako, con créditos de proyección comercial y avales de hipotecas, sino que, en el caso de Calderón, jamás permitió una represalia contra ninguno de ellos. Fue un padre en toda regla y además, apadrinó cerca de treinta criaturas, retoños de sus antiguos adversarios.

**Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).**

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.